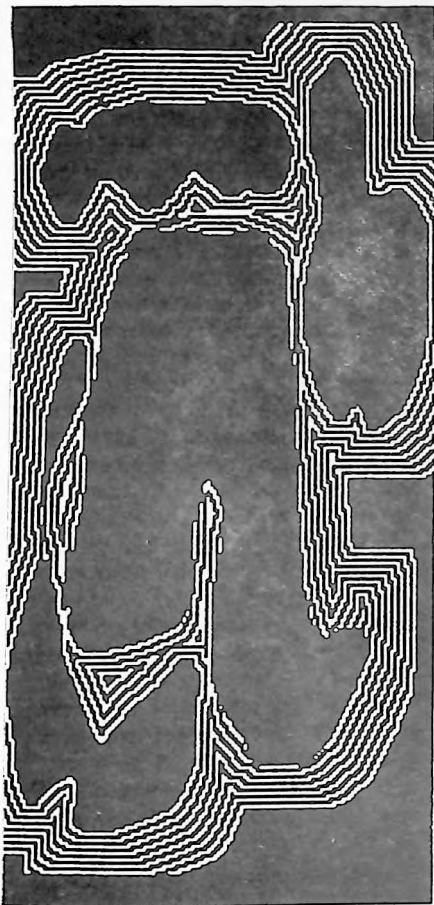


LA LLAMADA NOVELA DE RECREACION ANTROPOLOGICA Y EL ENSAYO ANTROPOLOGICO NOVELADO

Miguel Angel Leal Menchaca



En el periodo posterior a la Revolución Mexicana, casi entroncado con el cardenismo, algunos antropólogos se plantearon la posibilidad de enfocar al indio desde el punto de vista étnico. Se habló entonces con mayor autoridad, con conocimiento de causa de su persona y de las condiciones de vida que le rodean; de esta inquietud surgió la novela de recreación antropológica y el ensayo antropológico novelado.¹

Esto, que en apariencia no fue más que una simple disputa entre antropólogos y escritores, se convirtió muy pronto en objeto de polémica y se cuestionó de acuerdo con los elementos de crítica más manejables. Es decir, se puede acusar a los antropólogos de que carecen de imaginación, puesto que simplemente describen o precisan situaciones y abusan del estudio, cuando pretenden darle a una investigación alcance de ficción novelística. *Juan Pérez Jolote*, se subtitula "autobiografía de un tzotzil" y *Los hombres verdaderos*, "novela de indios"; algunos cuentos de Traven, Rojas González y otros, tienen más de estudios étnicos, que de relatos. Por ejemplo, de *Juan Pérez Jolote* afirma Joseph Sommers:

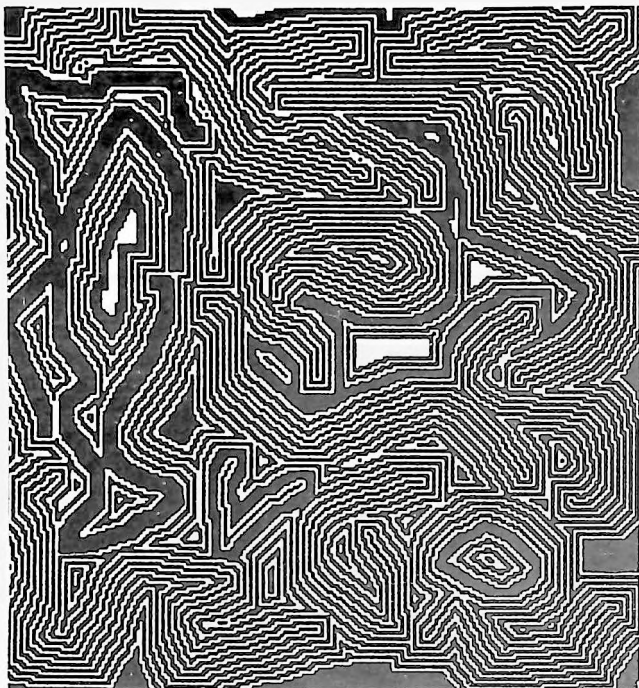
"...es la presentación más que la creación de la vida de un indígena tzotzil. Por lo tanto es una obra híbrida que combina elementos antropológicos y literarios."²

Supongo que hay que auscultar la verdadera ocupación y tendencias del escritor para medir sus alcances. Sin embargo, el fenómeno se maneja de manera inverída cuando un escritor de oficio pretende hacer antropología a través de la novela, pues sus afirmaciones son reprobadas y él, vituperado hasta pasar como un falsificador de la realidad. Esto sucede quizá porque jamás se enfoca la situación con criterios que partan del análisis literario.

Para citar un ejemplo se me ocurre hablar de Ramón Rubín, quien en su novela *El callado dolor de los tzotziles*, hace algunas observaciones respecto al comportamiento de su personaje José Damián, mismas

¹ César Rodríguez Chicharro, *La novela indigenista en México*, tesis de maestría UNAM, 1959, p. 523.

² Joseph Sommer, "El ciclo de Chiapas, nueva corriente de la literatura en México", en *Cuadernos americanos*, número 2/323, Marzo-Abril, 1964, p. 250.



que se hacen extensivas a toda la tribu, como la de no matar el ganado. Supuestamente, José Damián cuando vivió con los mestizos trabajó en un matadero (rastros), y aprendió a destazar animales; cuando volvió a su tribu no pudo liberarse de esa costumbre que se maneja como un trauma, y el cuchillo, el viejo cuchillo, es escondido en la choza y rescatado por la noche, cuando su dueño sale a asesinar el ganado.

Rubín lo plantea como una situación eminentemente psíquica, no se mete en mayores problemas y termina por integrar el trauma a la dinámica de inadaptación social de su personaje. Pozas³ explica este fenómeno desde un punto de vista antropológico. Afirma que para los tzotziles no es práctico matar el ganado porque los misioneros les habían enseñado el cuidado de éste y sus ventajas.

Yo siento que en realidad se trata de un problema de inadaptación. Un personaje de novela no tiene por qué codificar la situación de una manera tan clara. Sin embargo, Emmanuel Carballo afirma lo siguiente al respecto:

"...los que falla en el caso de Rubín es que confunde los métodos etnográficos con los métodos estéticos. Así, los científicos lo consideran un advenedizo y los escritos, lectores y críticos rigurosos un aficionado que nunca da en el blanco."⁴

Considero que esta simbiosis entre antropología y literatura resulta

³ Ricardo Pozas, *Chamula, un pueblo indio en los altos de Chiapas*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1978.

⁴ Emmanuel Carballo, *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, Empresas Editoriales, México, 1965, p. 345.

difícil de comprender, en la medida en que se cabalga con prejuicios de esta naturaleza, porque éstos obstruyen verdaderamente la posibilidad de fusionar los elementos de una y otra disciplina. Finalmente todo lo que se pueda refutar a Rubín o a Pozas, también puede ser impugnado a Traveno o Rojas González: la clasificación que pretende discriminar, en el mejor sentido del término, en ocasiones no hace más que ahuyentar la investigación — sea literaria o antropológica—. Ignoro hasta qué punto se puedan manejar los límites entre fantasía y realidad, en qué sentido se espera de la literatura la total invención, lejos de las presentaciones, descripciones o recreaciones acordes con la realidad.

La mencionada polémica entre estas dos corrientes se maneja como una contradicción entre dos escuelas o estilos, cuya búsqueda, en apariencia, tiende a ser la misma y sin embargo, en su conjunto, sólo limita o perjudica los alcances de la novela. Considero que hacer una novela no radica precisamente en la intención rigurosa de "hacer una novela"; quiero decir con esto que no basta con el propósito o la intención. El crítico o el lector se enfrenta a una obra que presumiblemente ya está concluida, un producto acabado que no espera que se le reste o se le sume, sino simplemente se juegue con él. En todo caso, las contradicciones deben buscarse en su interior pues ahí se constituye su esencia. Luego se puede hablar con cierta tranquilidad de los aspectos conceptuales, pero en última instancia, considero que se deba reparar en sus propósitos. Goldman afirma al respecto:

*... así, pues, la novela, en el sentido que le dan Lukacs y Girard, aparece como un género literario en que los valores auténticos, siempre discutidos, no podrían ser presentados en la obra bajo la forma de personajes conscientes o de realidades concretas. Esos valores no existen más que bajo una forma abstracta y conceptual en la conciencia del novelista en que comportan un carácter ético.*⁵

Considero que la obra literaria encierra, por encima de una serie de prejuicios, un problema

⁵ Lucien Goldman, *Para una sociología de la novela*, Ayuso, Madrid, 1964, p. 22.

estético, desde el momento en que parte de un acto de creación. Porque más allá de los conflictos de "intencionalidad", existen bases que la fundamentan como una obra de arte, y éstas sólo se descubren cuando se profundiza en ella. Es ocioso juzgar una novela por el hecho de que venga de la pluma de un antropólogo o de un escritor.

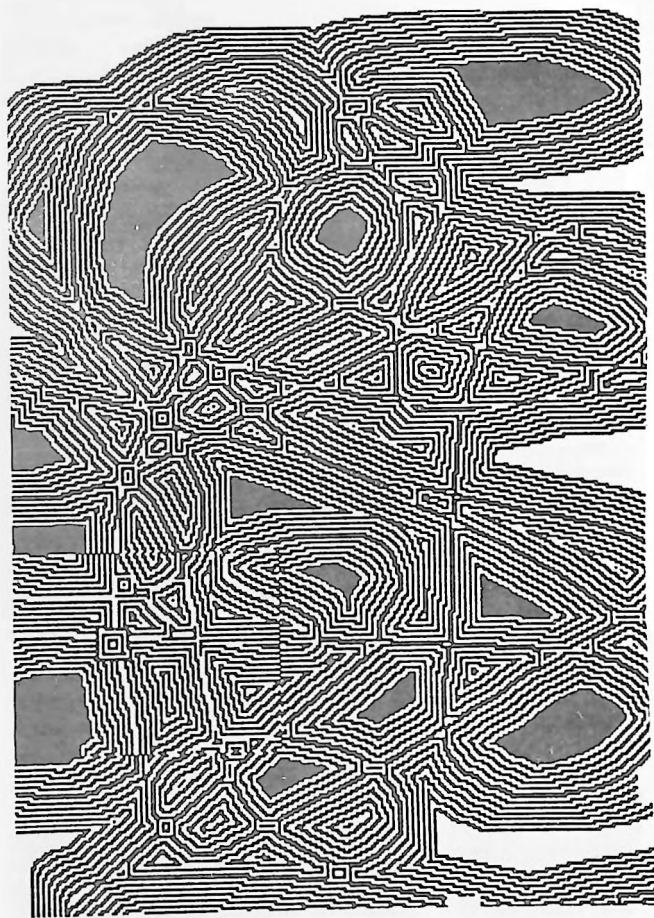
Un caso preocupante, a propósito de esta polémica, es el de Rosario Castellanos, a quien a menudo se le acusa de inventar una realidad que dista mucho de ser indígena; e incluso ha sido víctima de juicios que provienen de una auscultación biográfica. Por ejemplo, se habla de que esta autora se educó en Comitán y tuvo la oportunidad de conocer a fondo a los indígenas, ya que trabajó con Cario Antonio Castro, Aguirre Torres y otros antropólogos de renombre, quienes le dieron pautas relevantes, que después ella cristalizaría en su obra de ficción. Sin embargo, se le acusa de que jamás abandonó su ideología mestiza, y que ésto le impidió enfrentar con más severidad el conflicto indígena.

Las premisas contextuales son un apoyo respetable, pero a menudo —cuando no apoyan— estorban la posibilidad de llegar al texto, sobre todo cuando se convierten en dogmas biográficos, pues pretenden encuadrar al lector, de manera determinista, en lo que debió escribir el novelista y no le permiten acercarse a lo que escribió. Creo que estas disertaciones deben tomarse como una puerta más que nos permita incursionar en el texto, que lejos de cerrarlo, aporte mayores posibilidades de análisis. Esto naturalmente no impide que podamos observar los matices que maneja esta corriente respecto al tratamiento del indio, y la promoción oficial con que la cobija la política cardenista de reivindicación indígena. Quiero señalar a grandes rasgos algunos de los aspectos más significativos que distinguen a esta corriente; sin olvidar, por supuesto, que en ella encontramos, en no pocas ocasiones, elementos que fueron determinantes en el indianismo o el indigenismo.

Híbrida en una diversidad de aspectos, la literatura antropológica pretende arrancar los secretos que los indígenas habían conservado intactos, para ponerlos al alcance de un público ajeno a este tipo de vida y, por lo tanto, indiferente. Si bien es importante puntualizar la relación que tiene el indio con el mundo exterior,

también lo es el confirmar que esa visión se proyecta a menudo invertida, esto es, la concepción que el mundo exterior tiene del indio. Por ello escritores como Rojas González (*El diosero*), dedican todo un cuento para informarnos cómo se realiza una boda en uno de los pueblos más escondidos en el estado de Oaxaca (*Los novios*), o Antonio Rodríguez dedica un capítulo de su novela para decirnos cómo visten los otomíes en una ceremonia religiosa.

El narrador de "Los novios", nos relata, desde una experiencia omnisciente, la ceremonia de la boda con lujo de detalles y despierta ciertamente nuestro interés étnico; la constitución de la familia; la imagen patriarcal; la autoridad basada en el respeto que le da la fuerza de trabajo; la ostentación del poder adquisitivo o su presencia protectora en el grupo. En principio, hay una intención participativa hacia el interior del texto, yo diría que es un "pretexto", que parte del dato curioso para hacemos incursionar más a fondo en la problemática social. Vemos como el mismo Rojas González nos relatará en "Las vacas de Quiviquinta", con cierta ironía, un acontecimiento descabellado en el que una mujer cora tiene que abandonar a su familia para alquilarse

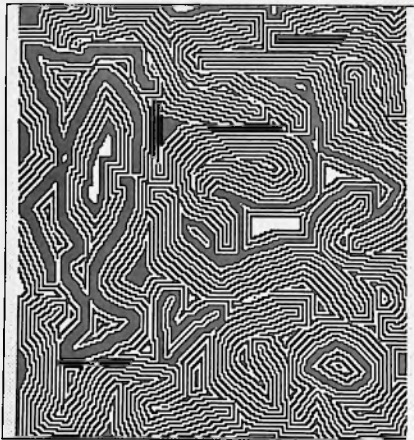


como nodriza en una familia mestiza. Otro aspecto importante se relaciona con el abandono de la aldea y el supuesto contagio de civilización que sufren los indios y que finalmente les acarrea problemas con la gente de su raza. Juan Pérez Jolote vuelve a su aldea y se le acusa de "aladinado"; José Damián causa serios disturbios en su tribu tzotzil después de haber vivido con los mestizos; Pedro González Winikton regresa de la plantación y se convierte en uno de los que encabezan la rebelión chamula en *Oficio de tinieblas*. Sin embargo, esta característica es más propia de la realidad indígena que de la novela, estrictamente hablando: se puede decir que esto es una constante de vida.

Ya mencionamos como en las novelas de Traven los personajes siempre quieren volver a su pareja, incluso en *la nube estéril*, hay una insistencia en que Pedro, que ha estudiado en el seminario de Pachuca, ya no vuelva a integrarse a la tribu otomí, a pesar de que éste tiene toda la intención de hacerlo para ayudar al fortalecimiento de su educación. Esta característica apunta más bien a la pérdida de identidad como a la desconfianza de la tribu cuando alguien no ha pasado su infancia, o su juventud, bajo el signo de la misma. Parece que existe una intimidad, que solamente se comparte a través de la experiencia conjunta.

Parte de esta experiencia de vida es también el deseo de cerrar el ambiente indio frente al mestizo; existe un celo de intimidad que despierta una paradoja muy extraña, si tomamos en cuenta que la mayoría de este tipo de trabajos parten de una investigación de campo, en la que se cuenta en gran medida con la presencia de informantes. Me refiero a la experiencia de Carlo Antonio Castro: Che Ndu, ejidatario chinanteco, o el mismo Juan Pérez Jolote; incluso puedo hacer alusión a ese conjunto de relatos reunidos por Roberto J. Weillaner, que subsidió el Instituto Nacional Indigenista y se publicó por primera vez en 1977 con el título de *Mitos, relatos y leyendas de la Chinantla*, y cuya intención se esconde única y exclusivamente en la divulgación de una cultura indígena a través de sus tradiciones.

La revolución del dato en sí despierta ya un grado elevado de interés, porque nos pone frente al indio decimonónico. Otra vez nos enfrentamos a la leyenda inventada por él y revivida por el hombre blanco, que es quien realiza estas investigaciones y se aventura en los trabajos de campo; el que gana los premios, y finalmente el que sigue disfrutando de la miseria en que viven los indios. Probablemente no tenga mucho sentido que diga esto, pero en alguna ocasión en que tuve la oportunidad de entrevistarme con uno de los hijos de Juan Pérez Jolote, reacio a darme información, se quejaba de que los estudiosos de los indios se hacían famosos y ganaban mucho dinero, y jamás regresaban a darles siquiera las gra-



cias. De tal suerte que éste sería también, en extremo, uno de los tantos vehículos de explotación que han victimado al indio.

Bibliografía

- Benítez, Fernando, *Los indios de México*, ERA, Vol. II México, 1971, 513 pp.
- Carballo, Emmanuel, *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, Empresas Editoriales, México, 1965, 459 pp.
- Castellanos, Rosario, *Balún Canán*, FCE, México, 1972, 317 pp.
- *Ciudad Real*, Novaro, México, 1974, 198 pp.
- *Oficio de tinieblas*, Joaquín Mortiz, México, 1963, 368 pp.
- Castro, Carlo Antonio, *Los hombres verdaderos*, Universidad Veracruzana, México, 1959, 143 pp.
- Cowie, Lancelot, *El indio en la narrativa contemporánea de México y Guatemala*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1976, 175 pp.
- Pozas, Ricardo, *Chamula, un pueblo indio en los Altos de Chiapas*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1978, 523 pp.
- *Juan Pérez Jolote*, FCE, 1970, 118 pp.
- Rodríguez, Antonio, *La nube estéril*, Ediciones amigos del café de París, México, 1952, 317 pp.
- Rodríguez Chicharro, César, *La novela indigenista en México*, Tesis de Maestría UNAM, 1959, 192 pp.
- Rojas González, Francisco, *El diosero*, FCE, México, 1976, 145 pp.
- Rubín, Ramón, *El callado dolor de los tzotziles*, Editores Unidos Mexicanos, México, 1948, 192 pp.
- Sánchez, Luis Alberto, *Proceso y contenido de la novela en Hispanoamérica*, Gredos, Madrid, 1968, 625 pp.
- Sommers, Joseph, "El Ciclo de Chiapas, nueva corriente de la literatura en México", en *Cuadernos Americanos*, 2/232, Marzo-Abril, 1964, pp 248-253.
- Traven, Bruno, *Obras Completas*, Aguilar, México, 1976.
- Zum, Felde, Alberto, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*, Guaranía, México, 1954, 660 pp.

Miguel Angel Leal Menchaca es profesor en el Departamento de Humanidades de la UAM Iztapalapa.